

FRACTURAS Y CRISIS EN EUROPA

Ignacio Álvarez Peralta, Fernando Luengo Escalonilla y Jorge Uxó González

Clave Intelectual y Eudeba, Madrid 2013

340 pags.

Que estamos padeciendo una gravísima crisis económica en Europa solo comparable a la de los años treinta del siglo XX está fuera de toda duda. En lo que no existe la misma coincidencia –ni mucho menos– es en el diagnóstico de sus causas últimas ni, en consecuencia, en la estrategia más adecuada para superarla.

La explicación convencional de la crisis económica actual suele incidir en el hecho de que sus causas son la imprudencia de los agentes económicos norteamericanos que alimentaron una burbuja inmobiliario financiera desde los primeros años del siglo XXI, catalizada por unos tipos de interés muy bajos mantenidos por la Reserva Federal con el fin de reactivar la actividad económica, la ausencia de una adecuada supervisión de las autoridades monetarias y la legitimación de estas operaciones por una valoración de las agencias privadas de calificación de riesgos (Moody's, S&P, Fitch, A.M. Best etc.) incompetente e interesadamente optimista. Efectivamente, sobre una enorme concesión de hipotecas –que al menos en el 25% de los casos se otorgaron a personas de poca o nula solvencia– se construyó un “castillo de naipes” formado por numerosos derivados financieros que tenían estas hipotecas como activo subyacente o de referencia (los “MBS”, obligaciones garantizadas con hipotecas; los “CDO” obligaciones de deuda colateralizada, etc.) y que, por su novedad, no podían ser adecuadamente regulados. Cuando la burbuja inmobiliaria tocó a su fin, entre otras cosas por la elevación progresiva de los tipos de interés en Estados Unidos, la caída en el valor de los activos llevó al colapso a numerosas entidades crediticias y de inversión. La globalización financiera extendió el problema

a los principales bancos del mundo, especialmente europeos.

Sorprendentemente, en el entorno de la Unión Europea a este factor desencadenante de la crisis mundial se añadió otro elemento interpretativo: la supuesta relajación fiscal de los países que, a partir de 2009, sufrieron con más intensidad la recesión y que de forma claramente despectiva –además de mnemotécnica– fueron calificados como PIGS (acrónimo de Portugal, Italia, Grecia y España con la inclusión, en algunos casos, también de Irlanda). La tesis fundamental de esta explicación consistiría en que el crecimiento de la Europa del Sur se había basado en un endeudamiento excesivo de todos los sectores (familias, empresas productivas, entidades financieras y estados) o que, en términos populares, habrían estado viviendo desde los primeros años 2000 «por encima de sus posibilidades». Síntomas que avalaban esta explicación serían la falsa contabilidad griega, la laxitud con la que habían operado numerosas cajas de ahorro españolas, los altos niveles de endeudamiento de hogares con rentas bajas, los elevados déficits comerciales que presentaban las economías meridionales europeas o la elevación de sus salarios monetarios, sensiblemente mayor a la acaecida en Europa central. El imaginario subyacente a esta conceptualización de la crisis acabó siendo el de la conocida fábula de “la cigarra y la hormiga”, siendo Alemania la que asumiría el primero de los papeles y el Sur de Europa el segundo, reforzando un prejuicio cultural que va mucho más allá de lo razonable. Ni que decir tiene que, de semejante diagnóstico, se desprendería de manera natural una terapia: la de la más severa disciplina presupuestaria. Contraer el gasto para pagar las deudas; practicar la “devaluación interna” (ya que la monetaria es imposible) para exportar más.

Paradójicamente, a lo largo de este proceso interpretativo la responsabilidad de la difícil situación acabó recayendo en los Estados, que eran los actores económicos menos endeudados al inicio de la crisis (muy destacadamente

en el caso español), y siendo obvio que las dificultades presupuestarias no habían sido la causa de la crisis, sino estricta consecuencia de la misma. No por casualidad este planteamiento coincidía con el discurso liberal que predomina en las instituciones comunitarias y, muy especialmente, con los intereses de las élites financieras, eso que ha venido a denominarse «la valoración de los mercados».

Pues bien, el libro que presentamos es una enmienda a la totalidad, sistemática y rigurosa de la interpretación que acabo de sintetizar. De un modo claro y metódico, esta obra va poniendo de relieve aspectos fundamentales de la dinámica económica europea que la explicación al uso ignora sistemáticamente y colocando en su verdadero contexto los fenómenos que tal explicación sí toma en consideración pero interpreta de un modo sesgado. El libro tiene una amplia profusión de evidencia empírica y un modo muy sólido de razonar económicamente que avanza en permanente debate contra las tesis dominantes en la arena política que están legitimando unas estrategias económicas socialmente muy regresivas y económicamente nefastas, al menos desde la perspectiva de la recuperación sana y sostenible de la capacidad productiva y del bienestar social. Sobre la base de esa crítica, los autores apuntan las líneas orientadoras de una vía económica alternativa que, sin plantear imposibles técnicos u horizontes utópicos, encuentra como formidables obstáculos la extrema rigidez del marco institucional de la zona Euro y el fundamentalismo ideológico de buena parte de sus gestores, las asimetrías productivas estructurales que se dan entre la Europa central y la meridional y que han generado déficits comerciales muy cuantiosos, los altísimos niveles de endeudamiento externo acumulados por parte de todos los actores privados y públicos y, finalmente, pero no en último término –como señalan los angloparlantes– en el poder de los grupos económicos europeos más poderosos que han logrado configurar la dinámica global de las economías comunitarias en función de sus intereses y que han aprove-

chado la coyuntura actual –y la debilidad de los colectivos sociales más favorables a la equidad y la cohesión social– para introducir unas medidas disciplinarias contrarias a la amplia mayoría de la población europea, que no las habría tolerado en un contexto económico normal.

Sin pretender resumir un trabajo cuya mayor riqueza radica en una argumentación llena de matices y en la abundancia de datos que dan fundamento a sus tesis, sí quiero sintetizar su estructura. Aunque antes me parece oportuno destacar que la introducción misma es una excelente recopilación de toda la argumentación posterior que se articula en cuatro momentos. En el primero –compuesto por los cuatro primeros capítulos– se identifican cuatro causas estructurales de la crisis europea, muchas de las cuales venían operando desde hace muchos años: la creciente desigualdad en las distribuciones primaria y secundaria de la renta; la financiarización de la economía y el creciente peso del endeudamiento como huida hacia adelante para mantener tasas significativas de crecimiento; la diversidad de especializaciones productivas y comerciales en Europa y, por último, la falta de funcionalidad de las instituciones y políticas de la Unión Monetaria para enfrentarse a los desafíos anteriores. El segundo momento –compuesto por el capítulo 5– narra la versión europea de la gran recesión que, en muchos aspectos, difiere de la norteamericana y que se habría producido incluso si no hubiera acontecido la crisis de las *subprime*. El tercer momento analizado modo pormenorizado –en un par de capítulos– las respuestas de política económica impulsadas por el Banco Central Europeo, la Comisión Europea y el Fondo Monetario Internacional, que han estrangulado de un modo injusto, improcedente e ineficaz a las economías periféricas europeas. Por último, el capítulo octavo ofrece algunos criterios para establecer unas políticas económicas alternativas que tengan por objeto preservar las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Es cierto que el lector puede echar de menos algún elemento fundamental para expli-

car la crisis europea actual, en particular los que se refieren al contexto actual de la globalización o aquellos que tiene que ver con particularidades nacionales, pero, de lo que no cabe duda es de que todos los factores analizados los son de un modo amplio y profundo en un ejercicio de verdadera “economía política” en la que los planos del análisis económico y el político son tenidos en cuenta sin separación ni confusión y donde el calado crítico del análisis no descansa en la retórica emocional o ideológica sino en la solidez que aportan los datos y los argumentos. Un verdadero texto para el debate intelectual y para la justificación teórica de la movilización social orientada a evitar la consolidación de una versión del capitalismo europeo construido sobre el deterioro de las condiciones de vida y la dignidad de la población. Un texto que además está perfectamente editado y resulta muy cómodo de leer.

Pedro José Gómez
profesor de Desigualdad, profesor del
Departamento de Economía Aplicada I, UCM

LA RESPONSABILIDAD DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN EL CALENTAMIENTO GLOBAL

Jordi Roca Jusmet (coord.)

Los Libros de la Catarata/Fuhem
Ecosocial, Madrid, 2013

160 pags.

Ante la evidente falta de acciones contundentes para evitarlo, la temperatura media global sigue incrementándose, y más allá de lo que pueda ocurrir en un futuro nada lejano, el calentamiento global está ya hoy causando importantes perturbaciones climáticas que con mayor frecuencia están afectando de lleno a un número creciente de poblaciones. Las responsabilidades de este cambio climático antropogénico no son,

sin embargo, equiparables entre las diversas sociedades mundiales, existiendo a su vez notables diferencias dentro de las mismas. Este es el punto de partida de los autores de este libro, los cuales se encuentran entre los principales referentes –tanto a nivel nacional como internacional– en el terreno de los estudios sobre cambio climático desde una perspectiva económico-ecológica, otorgándole solo por ello un mayor interés a esta publicación.

Este libro se centra en el caso de España en tanto que uno de los países cuya contribución al problema climático –a través de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI)– más se ha incrementado entre los países más industrializados en las últimas décadas. Por otra parte, se dan igualmente en su territorio importantes diferencias entre grupos sociales y regiones que dan lugar a grados de responsabilidad desiguales. En este sentido, el estudio realizado va acompañado de datos relevantes, que se exponen con claridad y que en ningún caso llegan a dificultar la lectura, sino que más bien al contrario, la complementan exitosamente ayudando a una mejor comprensión del texto. Con todo, los lectores interesados en una mayor profundización sobre la cuestión empírica pueden consultar el anexo que se ofrece al final del libro con las fuentes de los datos y una explicación más detallada de la metodología utilizada en cada capítulo.

El texto se estructura en seis capítulos, estando el primero de ellos dedicado, como parece lógico, a introducir brevemente la problemática del cambio climático y la evolución de las emisiones de GEI a nivel internacional, haciendo seguidamente un recorrido de los acuerdos internacionales al respecto y explicando la actual situación de estancamiento en las negociaciones. En este capítulo se adelantan, por otra parte, algunas de las previsiones más recientes lanzadas por el último informe del Panel Intergubernamental de Cambio Climático, con cuya publicación coincide prácticamente –y de forma muy oportuna– el presente libro. Como es sabido, estas no son nada halagüeñas, por lo

que la toma de decisiones globales al respecto se hace cada vez más urgente.

El segundo capítulo aterriza la cuestión sobre el contexto del Estado español con un análisis detallado de la historia de las emisiones de GEI en España desde 1990 hasta la actualidad, poniendo de manifiesto el papel de las diferentes actividades y gases y comparando la evolución española con la de la Unión Europea. Su espectacular incremento de las emisiones sitúa a España en el podio de los países más industrializados con mayor crecimiento de emisiones, con un claro paralelismo entre actividad económica y emisiones. La realidad económica española no muestra por tanto ningún tipo de “desvinculación” entre crecimiento económico y emisiones de GEI, contrariamente a lo postulado por la economía convencional. Solamente con el inicio de la crisis económica se ha dado una fuerte caída de las emisiones; una muestra de la elevada intensidad contaminante de los sectores sobre los que se “sustentaba” el modelo del *boom* económico español.

Una de las claves de esta insostenibilidad reside en el modelo energético español, claramente alejado de cualquier atisbo de “descarbonización” a pesar de la imagen de éxito en la transición hacia las energías renovables. Hoy se hace visible que este último fue un desarrollo tolerado por el oligopolio energético español en tiempos de creciente demanda. En cambio, en tiempos de crisis y por tanto de demanda decreciente, las ayudas públicas al sector de las renovables han sido sujeto de un conflicto cuyo desenlace ha desencadenado el lamentable freno a estos estímulos, tal como se describe en este libro. Las vicisitudes del *mix* energético español permiten enlazar con el siguiente capítulo, que centra su atención en el análisis de las emisiones de CO₂ derivadas del uso de la energía, fundamentalmente de la quema de combustibles fósiles, al constituir esta el principal componente de las emisiones de GEI en España. Para esta labor, los autores utilizan un método de descomposición que les permite analizar el grado de importancia de diversos factores, sien-

do la población y el crecimiento económico los factores que más han determinado el enorme aumento de las emisiones españolas en las últimas décadas.

Las aportaciones más destacables de esta obra residen no obstante en los dos capítulos siguientes. En el capítulo cuatro, se introduce la problemática de la asunción de responsabilidades cuando se tiene en cuenta el comercio internacional de mercancías en una economía, contrariamente a lo que ocurre con las estadísticas oficiales, que contabilizan las emisiones que se producen en el país indistintamente de si son consecuencia de la producción de bienes para la exportación. Frente a esta perspectiva territorial (o del país productor), se propone utilizar un enfoque de “responsabilidad del consumidor”, sumando en las cuentas aquellas emisiones generadas en otros países para abastecer a la demanda interna (las emisiones “incorporadas” a las importaciones) y restando a su vez las que se generan en el país para producir bienes exportados. Esto parece más que razonable si tenemos en cuenta la fuerte expansión internacional (o deslocalización) de la producción que ha experimentado la economía mundial en las últimas décadas. Sin embargo, que ya no se fabriquen zapatillas, electrodomésticos o microchips en los países ricos –o se haga pero en menor medida– no significa que no se consuman. El resultado de aplicar un método de contabilidad de las emisiones que tenga esto en cuenta, como se hace aquí, muestra que el crecimiento de las emisiones durante el último ciclo expansivo de la economía española fue aún mayor que el observado con los datos oficiales, evidenciando aún más de esta manera la absoluta falta de adopción de políticas efectivas para la lucha contra el cambio climático.

El quinto capítulo pone el acento en otro elemento esencial a la hora de atribuir responsabilidades sobre los problemas ambientales: el consumo privado realizado por los hogares, al ser la partida macroeconómica (frente al gasto público y la inversión) que lleva aparejada unas mayores emisiones de GEI en España. El análisis

sis desagregado según tipos de hogares y de productos que aquí se realiza permite visualizar la evidente relación entre los estilos de vida y las presiones ambientales: la desigualdad socioeconómica genera también desigualdad ecológica. Una interesante aportación al respecto en este libro reside en la observación de que por mucho que la estructura de consumo varía según niveles de gasto, la intensidad contaminante se mantiene, contrariamente a lo teorizado por la economía ambiental. El derrochador estilo de vida de los ricos tiene por tanto un mayor impacto ambiental que la aparente mejora que podría suponer una «mayor calidad ambiental» de lo que consumen.

Finalmente, el sexto y último capítulo explora las diferencias regionales al respecto de las emisiones de GEI en España tanto desde la perspectiva territorial oficial, como desde la perspectiva “responsabilidad del consumidor”, esto es de las emisiones asociadas directa o indirectamente a las demandas de los residentes en cada Comunidad Autónoma, al margen de donde se generen. El contraste entre ambas perspectivas es una muestra de que, al igual que ocurriera al atravesar fronteras internacionales, la cuestión del “desplazamiento de la contaminación” mediante el comercio es también un elemento relevante entre regiones de un mismo Estado. De esta manera, las comunidades autónomas más ricas aparecen como las más contaminantes con el nuevo enfoque propuesto, al contrario de lo que muestran los datos oficiales.

Ya sea por la dimensión interregional o internacional del análisis realizado, podemos sumar sin ambages a este libro a la línea argumental, dentro de la cual cabe destacar a ilustres pensadores como Ramón Fernández Durán o José Manuel Naredo, según la cual los flujos comerciales en una y otra dirección dan lugar a una generación de orden en unos territorios a costa de desplazar o localizar desorden en otros, lo que otros han dado en denominar el “intercambio ecológico desigual”. Esta polarización territorial entre núcleos atractores de pobla-

ción, capitales y recursos por un lado, y áreas de abastecimiento y vertido por otro se ha erigido así en una característica frecuente de lo que hoy llamamos “desarrollo”, en el que la economía española también se ha visto inmersa con un modelo especialmente exigente en energía y materiales por habitante, conllevando un mayor despilfarro de recursos y una generación cada vez mayor de residuos de diverso tipo, incluyendo las emisiones de gases de efecto invernadero. Eso sí, con la salvedad de que no son siempre (de hecho casi nunca) quienes generan el deterioro ecológico las mismas personas que lo sufren. De ahí nacieron las luchas por la justicia ambiental en Estados Unidos que hoy se extrapolan a la cuestión climática, pues ni los habitantes de Filipinas azotados por el ciclón Haiyan ni los isleños de Kiribati, un país destinado a desaparecer por la subida del nivel del mar tienen, con sus frugales estilos de vida, ninguna responsabilidad sobre las causas de tales desastres climáticos.

La reflexión sobre los distintos elementos que se plantean en este libro, visibilizando los deterioros ecológicos y sociales a los que particularmente pueden contribuir unas y otras políticas, unos y otros estilos de vida, resulta fundamental a la hora de poder atribuir responsabilidades y sentar así las bases sobre las que avanzar hacia escenarios más justos socialmente y ecológicamente sostenibles. Publicaciones como esta se hacen en este sentido más que recomendables, puesto que su lectura no puede hacer otra cosa que despertar conciencias, un necesario paso previo a la acción política, aunque esta última no debería de hacerse esperar demasiado.

José Bellver
FUHEM Ecosocial

LA NUEVA FRONTERA URBANA. CIUDAD REVANCHISTA Y GENTRIFICACIÓN

Neil Smith

Traficantes de sueños, Madrid, 2013

386 págs.

¿Es la palabra gentrificación una palabrota? Esta provocadora pregunta da título a uno de los primeros capítulos de este libro, donde se desarrolla un análisis en profundidad de este concepto que recientemente importábamos a nuestra literatura urbanística. La gentrificación se ha convertido en una noción recurrente a la hora de dar cuenta de las transformaciones sociourbanísticas que se están dando en los centros urbanos y barrios populares de nuestras ciudades. Estos procesos de regeneración urbana implican de forma generalizada una sustitución de la población de bajos recursos por otra con mayores ingresos económicos, así como el desplazamiento de las actividades comerciales y laborales tradicionales por otras, orientadas a estos nuevos habitantes.

¿Estos procesos son fruto de la ley de la oferta y la demanda o responden a necesidades de las dinámicas de acumulación de capital? ¿Las políticas urbanas han sido neutrales o se han subordinado a los intereses de los agentes gentrificadores? ¿Qué impactos sociales ha tenido la gentrificación en las ciudades norteamericanas? ¿Qué modelo de ciudad anticipan la generalización de estas dinámicas en las grandes metrópolis del planeta? El libro de Neil Smith supone un brillante esfuerzo por responder a estas cuestiones, combinando la rigurosidad científica con un explícito posicionamiento político a favor de las víctimas de estos procesos.

A pesar de las diferencias existentes entre el urbanismo norteamericano y el de las ciudades europeas, principalmente la huida masiva a los suburbios de las clases medias blancas a mitad del siglo pasado y el abandono de los centros urbanos a las clases trabajadoras y las

minorías, la gentrificación también ha terminado por introducirse en la agenda urbana de nuestras sociedades. Hecho que dota de plena vigencia y actualidad al clásico trabajo de Smith, recopilación de una serie de artículos de los años ochenta y noventa, que lo convierten en un estudio referencial en estas cuestiones.

El libro arranca describiendo de forma muy sugerente la nueva frontera urbana como una reactualización del imaginario de los colonos americanos, que fundaron las ciudades del oeste en permanente hostilidad con los indios, adaptándolo al contexto metropolitano. Los pioneros blancos de clase media que vuelven a habitar la jungla urbana para devolverle la civilización perdida. Operaciones urbanísticas disfrazadas de exotismo y aventura, que contrastan con la narración de algunos de los conflictos sociales más emblemáticos protagonizados por la población residente de estos barrios en regeneración.

«La gentrificación es lucha de clases» rezaba una de las pancartas de aquellas protestas que le quitaban *glamour* a la remodelación urbana. La teoría de la gentrificación que Smith se esmera en construir evidencia como la complejidad de estos procesos arranca con pequeñas y puntuales intervenciones que facilitan la instalación de jóvenes de clase media, bohemios y artistas, encargados de transformar la percepción existente sobre el barrio, atraer a más gente y consolidar las expectativas de negocio que posibilitan la inversión de capital a medio plazo. «Los gentrificadores marginales son importantes, especialmente en las primeras etapas del proceso, y pueden ser identificados por sus atributos culturales y sus estilos de vida alternativos, pero en la medida en la que el proceso continúa y el valor de las propiedades aumenta, su capacidad para permanecer en la zona depende menos de su cultura que de su cartera» (p. 174).

Mostrando como estas dinámicas no responden tanto a la libertad de elección de lugar de residencia o a la soberanía de consumidores racionales, como a coordinados ciclos de desin-

versión y reinversión económica en determinados lugares. La «frontera de la gentrificación» representa, en realidad, una línea que divide las zonas del paisaje urbano en las que se desinvierte, de aquéllas en las que se reinvierte. La desinversión supone la retirada total o relativa del capital del entorno construido, y puede adoptar diversas formas. La reinversión implica el retorno del capital a los paisajes y a las estructuras que habían experimentado previamente la desinversión. Más allá de la línea de frontera, las propiedades todavía experimentan un proceso de desinversión y desvalorización, a través de la retirada de capitales o de la destrucción física, por parte de dueños-ocupantes, instituciones financieras, inquilinos y el Estado. Detrás de la línea de frontera, algunas formas de reinversión comienzan a sustituir a la desinversión. Las formas que adopta la reinversión pueden variar de forma sustancial; pueden implicar la rehabilitación privada de viviendas o la reinversión pública en infraestructuras, inversiones corporativas o de otras fuentes privadas en nuevos desarrollos o, simplemente, inversiones especulativas que supongan poca o ninguna alteración física del paisaje construido» (p. 296).

Estas dinámicas suponen una paradoja para los residentes de los barrios sometidos a los procesos de remodelación, pues mientras no cambien las reglas del juego que orientan las políticas urbanas suceda lo que suceda van a salir perdiendo. «Sin renovación y modernización privada, las viviendas del barrio permanecerán en un serio estado de deterioro; con ella, una gran cantidad de residentes, serán, en última instancia, desplazados y no se verán beneficiados de unas viviendas mejores y más caras. Serán víctimas más que beneficiarios» (p. 259).

El regreso del capital a la ciudad debe concebirse como la apuesta por una reconstrucción de clase del conjunto de la ciudad y de los estilos urbanos. «La gentrificación forma parte de la agenda social de una reestructuración más amplia de la economía. Así como la reestructuración económica a otras escalas (bajo la forma del cierre y traslado de fábricas, de recortes en

los servicios públicos...) es llevada a cabo en detrimento de la clase obrera, también lo es en el aspecto espacial de la reestructuración a escala urbana: la gentrificación y la reurbanización» (p. 158).

El libro analiza en profundidad varios casos norteamericanos, muy localizados en barrios de la ciudad de Nueva York, para posteriormente realizar incursiones más superficiales a barrios de ciudades como París, Amsterdam o Budapest, tras la caída de la Unión Soviética. Uno de los estudios de caso más exhaustivo es el que realiza sobre el conocido barrio de Harlem, pues analiza las estrategias que a lo largo de más de una década se han desarrollado para gentrificar uno de los barrios negros más emblemáticos y con mayor desinversión acumulada.

La teoría sobre la gentrificación concluye, en los últimos capítulos, dando forma y nombre al modelo urbano que esta promueve, la ciudad revanchista. «La ciudad revanchista expresa, por encima de todo, el terror de raza/clase/género sentido por los blancos de la clase media dominante, un grupo social que repentinamente ha sido “puesto en su lugar” por un mercado inmobiliario asolado, la amenaza y la realidad del desempleo, la aniquilación de los servicios públicos y la emergencia de las minorías y los inmigrantes, así como también de las mujeres, en tanto poderosos actores urbanos. [...] El grito de la ciudad revanchista bien podría ser: ¿Quién ha perdido la ciudad? ¿Y de quién debemos vengarnos? Expresado en las campañas físicas, legales y retóricas contra los chivos expiatorios, identificados en términos de clase, raza, género, nacionalidad, preferencia sexual, esta reacción de la Administración proporciona, con creciente intensidad, parte del relato de la vida cotidiana, de la administración política y de las representaciones de los medios de comunicación en la ciudad norteamericana» (p. 358).

La profundización en Europa de las políticas urbanas neoliberales ha trasladado buena parte de los patrones de comportamiento institucional de la ciudad revanchista, reconocibles en el tratamiento de chusma hacia los habitantes de las

periferias francesas durante las revueltas de 2005, la proliferación de ordenanzas del civismo que proscriben usos del espacio público que van del *skateboard* a la prostitución, de la mendicidad a al consumo de alcohol. Una forma excluyente de habitar la ciudad, que solo reconoce como correctas aquellas pautas de comportamiento acordes a las prácticas e imaginarios de una clase media menguante y asustadiza.

Lo opuesto a este proceso de gentrificación, afirma Smith, sería la democratización en el acceso a la vivienda. La lucha contra la segregación y estigmatización espacial, los desplazamientos forzados, la criminalización de la pobreza y la exclusión residencial, formarían parte de esa amplia y difusa agenda política que se viene popularizando como derecho a la ciudad. Una difícil, ardua y prolongada tarea cuya activación debe descansar sobre el protagonismo inexcusable de los movimientos sociales.

José Luis Fernández Casadevante
Garua S. Coop. Med.

EL NACIONALISMO, ¡VAYA TIMO! LA DECADENCIA DE UNA IDEOLOGÍA

Roberto Augusto

Editorial laetoli, Pamplona, 2012

140 páginas

«Insisto en que es necesario que Barcelona pueda ejercer una selección sobre su población inmigrante. Es necesario que tenga el derecho a exigir, a las gentes que entran y quieren estar en ella, ciertas condiciones fisiológicas, ciertas condiciones étnicas, ciertas condiciones de instrucción, quizás también ciertas condiciones económicas, un mínimo de salud física, moral y social. El propósito puede parecer antidemocrático. Me es indiferente—. Así reflexionaba don Eugeni (o don Eugenio) D'Ors poco después de la Semana Trágica de 1909.

¿Huele mal? Sí, huele mal, muy mal. Lo pertinente, lo necesario, es hablar muy críticamente de estas posiciones y de la ideología y la cosmovisión que las recubren. El libro que comentamos intenta hacerlo. No es poco.

El nacionalismo, ¡vaya timo! pertenece a la excelente colección dirigida por Javier Armentia, editada en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico. Si no ando muy errado, es el primer libro de la colección dedicado a un timo directamente relacionado con creencias político-sociales.

El autor, Roberto Augusto [RA], doctor en filosofía por la Universidad de Barcelona con estancias de investigación en la Universidad Libre de Berlín, rechaza la doctrina, cosmovisión o ideología nacionalista e incluso su propia idea de nación. Como apuntara Bertrand Russell en *Mi concepción del mundo* en torno al nacionalismo, desde un punto de vista estrictamente político es muy probable que también RA crea que el nacionalismo es absolutamente perjudicial y que al igual que el autor de *Los principios de la Matemática* también sostenga que nadie puede decir una frase a favor de ese nacionalismo político.

Algunas de las tesis defendidas por RA quedan señaladas en la contraportada del volumen: creer que una determinada comunidad es una "nación" tiene más que ver con la fe que con la razón. Tal afirmación de pertenencia es una creencia individual que puede ser compartida por otras personas y está más cerca del pensamiento religioso que del científico; debido a ello, es difícil rebatirla racionalmente. Para RA el futuro del nacionalismo, en contra de todas las apariencias y evidencias próximas, es un proceso lento, casi imperceptible, de debilitamiento y decadencia (el título del libro es precisamente "La decadencia de una ideología"). El nacionalismo, con los adjetivos que se le quieran poner —español, catalán, gallego o vasco— no conduce a la solución del problema sino que, por el contrario, es parte del problema o es él mismo el problema. No hay aquí necesarios matices ni miradas (críticas por supuesto) a otro tipo de

nacionalismo. Por ejemplo, al cubano, al venezolano, al ecuatoriano, al boliviano, al nicaragüense.

Además de la introducción, un breve apartado de conclusiones, un decálogo, como apéndice, de falsedades del nacionalismo, las notas y algunas recomendaciones de lectura, *El nacionalismo, ¡vaya timo* está compuesto por cinco capítulos: «¿Qué es una nación?», «La nación según Fichte y Renan», «Nacionalismo, cultura y lengua», «Otros aspectos del nacionalismo» y «El nacionalismo en España: crítica a Gustavo Bueno».

Páginas sustantivas del tercero de estos capítulos están dedicadas al nacionalismo catalán. Dada la actualidad del tema, vale la pena apuntar algunos comentarios sobre ellas no sin antes indicar, sin poder precisar concretamente por falta de espacio, que las páginas de teoría con las autor abre el ensayo merecen ser leídas con la máxima atención crítica y no es imposible que el desacuerdo irrumpa en alguna ocasión en la mente del lector. Por ejemplo, cuando RA afirma, pareciendo identificarse con esta posición, que «para alguien que equipara la nación y el Estado, a cada estado le corresponde una única nación formada por el conjunto de sus ciudadanos, independientemente de sus identidades personales, al margen de que sientan que ese Estado les representa o no» (p. 14). Incluso su tesis (esta vez explícita) de que es imposible aceptar la distinción entre nacionalismo cultural y político porque sin la dimensión política no se puede hablar propiamente de nacionalismos, es altamente discutible.

Volvamos a Cataluña. Uno de los hechos que llama más la atención, señala el autor, «es que, si atendemos a este clima mediático, político e intelectual, podríamos pensar que en Catalunya estamos ante una sociedad fragmentada, casi al borde de la ruptura: nada más lejos de la realidad» (p. 57). Incluso ahora, cuando la apuesta soberanista-independentista, que no es propiamente soberanista, encubre mil doscientos escándalos, corruptelas y fuertes ataques neoliberales, la afirmación puede sostenerse.

Los desencuentros que se producen en la vida cotidiana de Cataluña en torno a la lengua, señala RA, «son mínimos, casi anecdóticos». Tiene razón; las preocupaciones de la sociedad van afortunadamente en otra dirección. Sus críticas a las tesis de Xavier Pericay, un colaborador de FAES, son más que pertinentes. También lo son sus comentarios a las posiciones defendidas, desde el otro vértice del arco, por F. Ferrer i Gironés. RA señala con razón que existe una línea argumentativa, mucho más sólida que la nacionalista, que justificaría la acción política lingüística vigente en Cataluña: la discriminación positiva. «Una simple comparación de la dimensión de los dos idiomas oficiales en esa comunidad autónoma puede conducirnos a esta línea de pensamiento» (p. 72). Sin embargo, no habría que olvidar las argumentadas tesis de Mercè Vilarrubias en *Sumar y no restar. Razones para introducir una educación bilingüe en Catalunya* (Montesinos, Barcelona, 2012).

La cosa, pues, va en otra dirección, nada que ver con graves conflictos lingüísticos (el nacionalismo conservador catalán, no todo el independentismo, habla ahora, a veces, de la cooficialidad del castellano en la Cataluña con “estructuras de Estado” propias), aunque, eso sí, con una agenda nacionalista a rebosar que enmarca el proceso y las finalidades perseguidas [1].

Tampoco el derecho de autodeterminación está ausente de las reflexiones del autor. En su opinión, ese deseo de autodeterminación puede estar plenamente satisfecho con una forma de autogobierno dentro de un estado soberano sin desear la secesión, es decir, “la independencia plena de este estado” (p. 77). La secesión, admite, no plantea ningún problema si se produce de forma pactada y pacífica (Checoslovaquia). Surgen las dificultades cuando de las dos partes en juego una no admite que la otra se separe.

Algunos nacionalistas defienden lo que RA llama el principio nacionalista de secesión. ¿En qué consiste? En que cualquier nación tiene derecho a un estado propio si la mayoría de su

población así lo desea. Para el autor, ese principio, esta su crítica principal, plantearía numerosos problemas en la política internacional: el mundo se dirigiría a la fragmentación, hacia la creación de mini Estados que debilitarían los estados ya existentes, y esto dificultaría la movilidad al crearse barreras y fronteras donde actualmente no las hay. Además, supondría un obstáculo para las relaciones culturales y económicas, y “se multiplicarían los actores políticos, lo que generaría, sin duda, una profunda inestabilidad” (p. 78). RA parece tener en mente una visión muy conservadora y tradicional en esta aproximación; es difícil seguirle en esta derivada de su análisis. De hecho, él mismo parece apuntar un falsador potencial de su posición: los casos en los que la separación pacífica y acordada no han generado ninguna inestabilidad. Checoslovaquia es el ejemplo a tener en cuenta. No hay duda de que hay casos, la ex Yugoslavia nos debe enseñar, que caminan en dirección contraria.

RA señala en el apéndice, en un decálogo, algunas de las falsedades del nacionalismo. Algunas lo son desde luego. La primera, por ejemplo, parece razonable atribuírsela a la ideología criticada: «Todo el mundo es nacionalista, lo reconozca o no». También alguna versión, aunque algo más matizada, de la tercera: «La “nación” es una sustancia con vida propia al margen de las personas». No está claro, nada claro, que siempre lo sea la sexta —«El nacionalismo defiende la pluralidad cultural»—: ¿no existe cierta diversidad cultural en Estados Unidos, por ejemplo, un país fuertemente nacionalista?, y la octava —«Todas las “naciones” tienen derecho a la secesión unilateral del estado del que forman parte, independientemente de lo que digan las leyes de un Estado democrático»— parece presuponer una concepción muy generosa de estos llamados estados democráticos que retienen o prohíben la circulación de aviones presidenciales. Todo parece indicar, por algunas de sus afirmaciones sobre la Constitución española, que RA cree que el régimen monárquico español es un ejemplo de estado demo-

crático. Si fuera así, sería bueno que recordara la forma en que se redactó la Constitución de 1978, la actualmente vigente, y los papelitos redactados que, de cuando en cuando, don Miguel Herrero de Miñón llevaba a la ponencia constitucional. Los textos tenían el membrete del Alto Estado Mayor del ejército neofranquista.

El último capítulo, el dedicado al nacionalismo en España, y a las posiciones de Gustavo Bueno, colmará las exigencias de todo lector crítico. Magnífico sin atisbo para la duda. Sin temblor en el pulso ni servilismo antes los grandes filósofos de España-araña. Un paso de sus críticas: “Las líneas maestras de su reflexión coinciden plenamente con el nacionalismo franquista: España como Imperio, el catolicismo como esencia de la Patria y la superioridad del castellano sobre las demás lenguas españolas” (p. 118). El discurso nacionalista de Gustavo Bueno, concluye RA con razón, es un grotesco anacronismo. Aunque no sea sólo eso, podría añadirse.

Cabe un comentario sobre la conclusión con la que el autor cierra el ensayo: «los nacionalistas persiguen y defienden la homogeneidad de su “nación”. Pero la característica definitoria de las sociedades actuales es la heterogeneidad, la libre y rápida circulación de personas, el acceso casi ilimitado a la información, a la cultura, al conocimiento de otros pueblos, costumbres y gentes». En opinión de RA, esta nueva realidad, y la propia debilidad teórica del nacionalismo, son la causa de la decadencia del nacionalismo, y lo que en el futuro acabará derrotando a esta ideología.

No es obvio que sea así: algunos nacionalismos apuestan por un independentismo que sume ciudadanos no nacionalistas apelando a razones económicas próximas a la Liga del Norte: se vivirá mejor, tendremos más medios para nosotros, rompiendo con el resto del Estado. El nacionalismo neoliberal catalán sigue actualmente esa senda aunque no siempre ha sido así.

Más allá de la chirriante —y falsa— expresión “libre y rápida circulación de personas”, no es

evidente lo que el futuro puede depararnos, cuando, además, uno de los países –por no decir el país- más nacionalistas del mundo sigue siendo un Imperio (en decadencia si se quiere) que, por el momento, dirige, domina y hegemoniza con mano de hierro y cultura alienante el destino de una parte muy sustantiva de la Humanidad, vigilando, como el Gran Hermano, a ciudadanos, países y gobiernos y a todo enemigo potencial según su propio criterio.

Salvador López Arnal

es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF